GIORDANO BRUNO



De La Magia

De la magia funciona como una especie de confirmación práctica de una intuición primera que había recorrido toda su obra y vida: la continuidad espiritual del universo.

Giordano Bruno

De la magia

Título original: *De magia*

Giordano Bruno, 1588

Traducción: Ezequiel Gatto

Diseño de cubierta: RLull

Editor digital: RLull

ePub base r1.2

Antes de tratar de la Magia, como de cualquier tema, es necesario ver en qué sentido se subdivide la palabra: es que hay tantos sentidos de la palabra magia como tipos de magos. *Mago* ha significado en primer lugar *sabio*: lo eran los *trimegistos* en Egipto, los *druidas* en la Galia, los *gimnosofistas* en India, los *cabalistas* entre los hebreos, los *magos* en Persia (desde Zoroastro), los *sofistas*[1] entre los griegos, los *sabios* entre los romanos. En segundo lugar, se emplea el término de *mago* para designar el que cumple prodigios por la sola aplicación de principios activos y pasivos, como vemos hacerlo en medicina y en química: es lo que llamamos comúnmente la *magia natural*. En tercer lugar, se habla de magia cuando se rodea a esas operaciones de ciertas circunstancias que las hacen aparecer como las obras de la naturaleza o de una inteligencia superior, y eso a fin de acarrearla admiración por esas ilusiones: este tipo de magia es llamado *magia de los prestigios*. En cuarto lugar, si se recurre a la virtud de simpatía y de antipatía de las cosas, como cuando unas sustancias rechazan, transmutan o atraen otras sustancias (así como el imán y cuerpos parecidos cuyas operaciones no se reducen a las cualidades activas y pasivas sino que atañen todos al espíritu o al alma que existe en las cosas), se habla con toda razón de *magia natural*. Si se añade a esto, en quinto lugar, palabras, fórmulas, relaciones numéricas y temporales, imágenes, figuras, sellos, caracteres o letras, se trata de una magia intermediaria entre la magia natural y la magia extra-natural o sobrenatural, que hay que llamar propiamente *magia matemática*, o mejor aún *filosofía oculta*. En sexto lugar, se habla de magia si uno se entrega al culto o bien a la invocación de inteligencias y de potencias exteriores o superiores, a través de los ruegos, las consagraciones, las fumigaciones, los sacrificios o los ritos precisos y las ceremonias dedicadas a los dioses, demonios y héroes: o sea a fin de atraer un espíritu en sí mismo, para devenir su vaso y su instrumento, y parecer de ese modo sabio (aunque sea fácil purgar esta «ciencia» y este espíritu con un simple filtro), y es la *magia de los desesperados*, los cuales acogen los malos demonios en los que han desembocado al servirse del Arte notorio[2]; o sea a fin de comandar y gobernar a los demonios inferiores con el apoyo de los principales demonios superiores, honrando y vanagloriando a los unos, esclavizando a los otros a través de conjuraciones y abjuraciones. Se trata entonces de la magia *trans-natural* o *metafísica*, que propiamente se llama *teurgia*. En séptimo lugar, se habla de magia cuando las abjuraciones o invocaciones no tienen por objeto los demonios y los héroes mismos, sino que sirven sólo de intercesores para hacer surgir las almas de los difuntos, de cuyos cadáveres (todo o partes) se extraen oráculos a los fines de adivinar y conocer cosas ausentes o futuras: este tipo de magia se llama, en referencia a su materia prima y a su propósito, la *necromancia*. Si esta materia llegara a faltar y en su defecto se busca el oráculo por intermedio de un energúmeno, un poseído, invocando el espíritu-incubo que yace en sus entrañas, entonces esa magia merece ser calificada de *pitónica*: tal como aquellos que eran visitados («inspirados», si se puede decir así) por el espíritu de Apolo Pitón en su templo. En octavo lugar, se habla de magia cuando al encantamiento se añaden fragmentos de objetos, vestimentas, excrementos, secreciones, huellas y todo lo que, se cree, ha recibido por simple contacto un poder de comunicación para

liberar, ligar o debilitar: semejantes prácticas, en tanto tienden hacia el mal, caracterizarán al mago al que se dice *maléfico*; si tienden hacia el bien, ligándose a ciertos tipos de asistencias y remedios, se colocará al mago en el rango de los médicos; aunque apunten finalmente a dañar al extremo, a dejar morir, se hablará de *magos benéficos*. En noveno lugar, se califica también de magos a todos aquellos que se esmeran en adivinar por un medio cualquiera las cosas ausentes o futuras: ese propósito les vale la denominación general de *adivinos*. Se cuentan entre ellos cuatro grandes especies, que corresponden a los cuatro elementos (el fuego, el aire, el agua y la tierra), de los que derivan los nombres de *piromancia, hidromancia, geomancia*; o tres, si se funda sobre el triple objeto del conocimiento (natural, matemático y divino), en cuyo caso se habla de otras especies diversas de adivinación. Los augures, los haruspices, adivinan según los principios naturales o según el examen de los fenómenos físicos; segunda categoría, los geománticos se basan en la observación matemática, conjeturando de acuerdo a números, letras o líneas y figuras determinadas, como así también según el aspecto, el brillo y la posición de los planetas y astros análogos; finalmente a aquellos que predicen recurriendo a las cosas divinas tales como los nombres sagrados, las coincidencias de lugar, ciertos cálculos breves y el examen de las conjunciones, nuestros contemporáneos no los cuentan entre los magos (visto que ellos tienen ese término por peyorativo, por un escandaloso abuso de lenguaje), y en este caso se habla no de magia, sino de *profecía*.

En último lugar pues, los términos de *mago* y de *magia* pueden ser entendidos según una acepción infamante, al punto que la magia ya no posee su lugar entre las categorías citadas anteriormente, y el mago es tenido por un loco perverso que en virtud de un comercio y de un pacto con el diablo, ha adquirido la facultad de prestar asistencia o perjudicar. Tal es la resonancia del término, ciertamente no del lado de los sabios ni de los gramáticos, sino entre los encapuchados[3] que han pervertido ese nombre de *mago*, en particular quien ha escrito el *Martillo de las hechiceras*[4]. Es así como el término es empleado hoy por todos los autores de la misma calaña, como nos daríamos cuenta leyendo las apostillas y los catecismos de sacerdotes ignorantes y quiméricos.

Si se pretende emplear pues el término de *mago*, hay que adoptarlo sólo luego de haber establecido estas distinciones, luego de haberlo caracterizado; o entonces, si se lo emplea de manera absoluta, es necesario cuidarse de seguir la enseñanza de los lógicos, en particular de Aristóteles en el libro V de los Tópicos, dándole su significación más rica y más elevada. Tal como se la emplea entre los filósofos, esa palabra *mago* designa un hombre que alía el saber al poder de obrar. No subsiste menos el hecho de que ese término, simplemente pronunciado, es generalmente tomado en su acepción corriente, fluctuando a voluntad de esos sacerdotes que filosofan profusamente sobre un malévolo demonio al que se llama diablo, o con otro nombre, según las costumbres y la superstición en vigor en pueblos diversos.

Una vez hecha esta distinción preliminar, concebimos la magia como triple: la divina, la natural y la matemática. Las dos primeras magias están necesariamente clasificadas entre las cosas buenas y excelentes; el tercer género de magia es bueno o malo según que los magos la empleen bien o mal. Aunque en la mayoría de las operaciones importantes, estos tres tipos se prestan mutuo concurso, la malicia, el crimen y el reproche de idolatría se encuentran en el tercer género donde puede suceder que uno se extravíe, que uno se abuse: lo que puede subvertir el segundo tipo, bueno en sí, hacia un mal uso. El género matemático no recibe aquí esta denominación de acuerdo a las categorías de lo que comúnmente llamamos matemática —la geometría, la aritmética, la astronomía, la óptica, la música, etc., sino de acuerdo a la semejanza y las afinidades que mantiene con éstas—. La magia posee en efecto semejanza con la geometría por las figuras y los símbolos; con la música por el encantamiento; con la aritmética por los números y los cálculos; con la astronomía por los períodos y los movimientos; con la óptica por las fascinaciones[5] de la mirada; y, universalmente, con toda especie de matemática, por el hecho de que ella es intermediaria entre la operación divina y natural —sea que participe de las dos, sea que se desvíe de las dos— del mismo modo que algunas cosas son intermedias por participación en los dos extremos y otras, en cambio, por exclusión de los dos extremos: en este último caso, uno apenas puede llamarlos intermediarios, pues atañen más bien a una tercera categoría, no tanto situado entre los otros dos como afuera de ellos. En resumen, según las categorías señaladas, vemos claramente que existe una magia divina, una magia física y una magia que pertenece a una categoría extraña a ambas.

Lleguemos ahora a cuestiones más precisas. Los magos tienen por axioma que, en cualquier obra, hay que conservar en el espíritu el hecho de que Dios influye sobre los dioses; los dioses, sobre los cuerpos celestes o astros, que son divinidades corporales; los astros sobre los demonios que son guardianes y habitantes de los astros —entre los cuales está la Tierra—; los demonios sobre los elementos, los elementos sobre los cuerpos compuestos, los cuerpos compuestos sobre los sentidos, los sentidos sobre el *animus*, y el *animus* sobre el ser viviente por entero: así se desciende la escalera. Luego el ser viviente asciende por el *animus* hacia los sentidos, por los sentidos hacia los cuerpos compuestos, por los cuerpos compuestos hacia los elementos, por estos hacia los demonios, por los demonios a través de los elementos hacia los astros, por los astros a los dioses incorpóreos, de sustancia o corporeidad etérea, por estos al alma del mundo o espíritu del universo, y por esto último a la contemplación de lo Uno, de lo Muy-Simple, de lo Muy-Bueno, de lo Muy-Grande, incorpóreo, absoluto, Suficiente a sí mismo. Es así como se desciende de Dios, por el mundo, hasta la criatura, y como la criatura asciende por el mundo hasta Dios. En la cima de la escalera, Él es acto puro y potencia activa, luz toda-pura; en la base de la escalera están la materia, las tinieblas, pura potencia pasiva que puede convertir todas las cosas desde abajo, como Él puede hacer advenir todas las cosas desde arriba. Entre el peldaño inferior y el superior existen especies intermediarias de las cuales las más elevadas participan más bien de la luz, del acto y de la virtud activa, y las más bajas más

bien de las tinieblas, de la potencia y la virtud pasivas.

Por eso toda la luz que hay en las realidades inferiores, se revela allí con más fuerza cuando estas alcanzan las realidades superiores, y to das las tinieblas que residen en las superiores disfrutan de más vigor en las inferiores. Sin embargo la razón y la eficacia de las tinieblas y de la luz no son iguales: la luz en efecto se difunde y penetra hasta lo más hondo de las tinieblas, pero las tinieblas no rozan siquiera la órbita más pura de la luz: a la vez que la luz comprende ella misma las tinieblas, las vence y triunfa sobre ellas en su infinidad, las tinieblas no comprenden, no dominan ni igualan a la luz: es incluso sorprendente ver como ellas mal sostienen la comparación.

A los tres grados de la magia nombrados arriba corresponden tres mundos: el arquetípico, el físico, el racional. En el arquetípico están la amistad y la lucha; en el físico, el fuego y el agua; en el matemático, la luz y las tinieblas. La luz y las tinieblas provienen del fuego y del agua, el fuego y el agua de la concordia y de la discordia; así pues el primer inundo produce el tercero por intermedio del segundo, y el tercero, por intermedio del segundo, se refleja en el primero. Dejando de lado los principios que conciernen a una magia tenida por superstición y que, sean lo que sean, no son buenos para dar al pueblo, nos volveremos hacia la contemplación de aquellos únicos que conducen a perfeccionar su sabiduría y pueden satisfacer a los mejores genios —aún si ningún tipo de magia es indigna de atención y de conocimiento—. Como dice Aristóteles en el prólogo de *De anima*, en lo que suscriben Tomás y otros teólogos llevados a la especulación, toda ciencia atañe a la especie de las cosas buenas. Conviene sin embargo que esas materias permanezcan a distancia del profano, del canalla y de la muchedumbre: puesto que no es nada bueno para el mundo que una raza de hombres impía, sacrílega, y naturalmente criminal pueda conducir al daño más bien que al beneficio de nuestros semejantes.

La fuerza eficiente es doble en su género: naturaleza y voluntad. La voluntad es triple: humana, demoníaca, divina, y la naturaleza antes dicha es doble: intrínseca y extrínseca. La naturaleza intrínseca es ella misma doble: la materia o sujeto[6], y la forma con su virtud natural. La naturaleza extrínseca también es doble: en unos casos es la imagen de la naturaleza, huella, sombra o luz, y en otros casos lo que permanece en el objeto y en la superficie del sujeto (como la luz y el calor en el sol y los otros cuerpos calientes), y también lo que emana y se escapa del sujeto (como la luz que esparcida por el sol se encuentra en los cuerpos iluminados, y el calor que asociado a la luz en el sol se encuentra también en los cuerpos calentados). Del conteo de esas causas, podemos llegar al dominio de desarrollo de su virtud o a la producción de sus efectos: a partir de la causa primera, pasando por las causas intermedias hasta las causas más próximas y más bajas, pero dejando de lado la causa universal, que no observa más un sujeto que a otro, y no dispone a un sujeto para un efecto particular más de lo que lo ha estado antes; permaneciendo esta causa igual, y su poder inmutable, es en razón de

la diversidad de dependencia y de organización de la materia que ella produce efectos diversos, incluso contrarios. Basta para esto un único y simple principio eficiente: después de todo un único sol —único calor, única luz—, a través de un juego de conversión y de aversión, de aproximación y de alejamiento, por acción mediata o inmediata, produce el invierno y el verano, produce las disposiciones contrarias de las estaciones y su sucesión[7], Es de este mismo principio que procede también la materia, si queremos creerles en esto a los seguidores de la idea de la transmutación de los elementos: el primero de ellos fue Platón, quien a veces ha podido considerar que una materia y un principio eficiente únicos bastan para la creación de todas las cosas. Pero cualquiera sea su operación, lo que observa el primer y universal operador, y que admite uno o varios principios materiales, está forzado a tomarlo en cuenta todo ser que se coloque en el plano de las causas segundas, sea hombre o demonio, habida cuenta de la multitud y la variedad de las especies operables y la existencia de varias materias, dotadas de una actividad o de una forma por las cuales el sujeto puede hacer pasar algo al exterior de sí.

Entre las virtudes (las formas o los accidentes) que se transmiten de sujeto a sujeto, unas son manifiestas, como las que son del orden de las cualidades activas y pasivas y de aquellas que proceden directamente de ellas —como calentar y enfriar, mojar y secar, ablandar y endurecer, unido y desunido. Otras son más ocultas y se apoyan en efectos ocultos como alegrar o entristecer, inspirar el deseo o el asco, el temor o la audacia; tales son las impresiones producidas por las imágenes externas gracias a la acción de la facultad intelectiva de la que goza el hombre (para las bestias, se habla de facultad estimativa), bajo el efecto de lo cual si un niño o un bebé ve una serpiente, o si una oveja ve un lobo, conciben fuera de cualquier experiencia la imagen de enemistad y el temor de la muerte o de su propia ruina —movimiento que se explica por el sentido interno que producen vivamente, pero indirectamente, las imágenes externas—. La naturaleza, en efecto, concediendo la existencia a las especies, les ha dado al mismo tiempo el apetito de conservarse tales como son; ha impreso además en todas las cosas una suerte de espíritu interior (o si se prefiere, de sentido interno) por lo que reconocen y huyen de sus enemigos más temibles gracias a una suerte de marca. Lo vemos no solamente en las especies dadas como ejemplos, sino en todas las que parecen muertas o débiles, y en las que sin embargo resta un espíritu deseoso de conservar a toda costa la susodicha especie; lo constatamos incluso en las gotas que caen simulando una forma esférica para contrarrestar su caída, y que, una vez caídas, para no dispersarse y perderse, se esfuerzan en concentrarse de nuevo y en reunir sus partículas para volver a formar una esfera. Igual para las pajas, las briznas lanzadas al fuego, las vainas del trigo y las envolturas que se bambolean como si quisieran huir de su propia corrupción. Este sentido ha sido insuflado en todas las cosas y en toda vida; uno no puede sin embargo hablar de sentido *animal* lo que según la acepción corriente remite a un alma individual [*anima*], en la medida en que tales partes no pueden ser así calificadas de animales: no, es en el orden del universo que un espíritu único, extendido por todas partes, un sentido presente en todas partes, venido de todas partes, para apoderarse de las cosas, experimentan

tales efectos y tales pasiones, como podemos observarlo en todo. Nuestra alma produce la obra de la vida en todo nuestro cuerpo de manera primera y universal, luego sin embargo, aunque ella esté toda en el cuerpo entero, y toda en cualquier parte, no hace todo desde todo el cuerpo o desde cualquier parte: ella hace ver por el ojo, oír por la oreja, degustar por la boca (si el ojo, si los órganos de lo sentidos estuvieran por todas partes, verían, sentirían desde todas partes); es que después de todo el alma del mundo, a través de la totalidad del mundo, allí donde ha investido tal marcha, produce tal o cual sujeto o en consecuencia, autoriza tal o cual operación. De suerte que, incluso si está igualmente por todas partes, no obra por todas partes igual porque no es una materia igualmente dispuesta la que le es dada administrar. Así pues, aún si el alma entera está en el cuerpo entero, en los huesos, en las venas, y en el corazón, no más presente en una que en otra parte, ni menos presente en una que en todas, sin embargo ella actúa de suerte que un nervio es un nervio, que una vena es una vena, que también la sangre es sangre, y el corazón un corazón. Y como sucede a esos órganos el estar afectados por un efectuante extrínseco o por un principio intrínseco pasivo, es necesario que el alma obre aquí de una forma y más allá de otra. Este es el principio esencial y la raíz de todos los principios que permiten dar cuenta de todas las maravillas naturales, por el cual nada es demasiado frágil, nada es demasiado débil, demasiado imperfecto, en fin despreciable en relación a lo común, que no pueda ser el principio de grandes operaciones, al provenir del principio activo y del espíritu universal; tanto más cuanto que es muy necesario que se produzca una disolución a fin de que un mundo nuevo (por así decir) sea engendrado. En efecto, si el bronce es más semejante al oro que la ceniza de bronce, en la transmutación esta ceniza de bronce está más próxima de la forma del oro que el bronce; vemos que de igual forma todas las semillas que se preparan para producir una especie están más cerca de conseguir ser esa especie misma, de lo que están otras especies análogas, próximas y parientes. Quien crea que esto sucede de otro modo merece ser rebajado al rango de quien creería que un signo puede transformarse más fácilmente en hombre que lo que puede hacerlo la semilla —la cual fue pan o cualquier otro alimento, antes de ser depositada en la matriz—. Sin embargo, es inevitable que la semejanza y la forma de la especie estén presentes en toda creación: en el dominio de la fabricación de los objetos, hacemos una casa o una vestimenta según el modelo concebido en espíritu por el artesano; en la creación natural, es según un modelo natural que las especies de cosas son producidas y definidas lo más próximo posible de la formación misma de la marcha. Lo vemos bien: el mismo tipo de alimento, el mismo cielo, la misma agua, el mismo lugar se transmutan en sustancia, de perro en el caso del perro, de hombre en el caso del hombre, de gato en el caso del gato: así el perro engendra al perro y el hombre al hombre. De allí resulta que la distinción de las especies es causada íntegramente por la idea[8] que se presenta de forma general en cualquier lugar de la naturaleza, luego se limita a una u otra especie, según el grado de proximidad de una o de la otra. Desde entonces, para cualquier mago deseoso de ejecutar operaciones semejantes a las de la naturaleza, es oportuno conocer en primer lugar el principio ideal, luego el principio específico de la especie, el principio numérico para el gran número,

finalmente el principio individual para el individuo. De aquí procede la confección de las imágenes[9], modelaje adecuado de una muestra de materia, cuyo efecto se encuentra reforzado, por razones evidentes, por el poder y la ciencia del mago. Un buen número de personas practican así maleficios y curaciones, con la ayuda de figuras constituidas por partes determinadas, en comunicación o en participación con aquello a lo que se trata de dañar o de cuidar; la labor está concentrada por tanto sobre un individuo determinado, y limitada a este.

A través de la experiencia de tales efectos (si se dejan de lado otras razones), es manifiesto que ningún alma, ningún espíritu, está en solución de continuidad con el espíritu del universo: y se comprende que este se encuentre incluido no solamente en lo que siente y anima, sino que también está esparcido en la inmensidad, por su esencia y su sustancia, como lo habían comprendido la mayoría de los platónicos y de los pitagóricos. De ahí proviene el hecho de que el ojo aprehende instantáneamente a través de la vista formas muy dejadas sin que hagamos un movimiento, y que el ojo —o algo del ojo simplemente— se lance hacia las estrellas y traiga de nuevo, también rápidamente, estrellas hacia el ojo. Por otra parte, el propio *animus*, con su propia virtud, está presente en el universo bajo un cierto modo, en tanto que sustancia que ciertamente no está incluida en el cuerpo que vive a través suyo, pero que le está ligado estrechamente. Así, a poco que ciertos objetos estén distanciados, algunas especies muy alejadas se unen enseguida a él —y no ciertamente por el efecto de un movimiento—: se trata pues, innegablemente, de una forma de presencia. Es lo que enseña la experiencia a aquellos que han tenido la nariz cortada y a quienes se ha puesto un nuevo suplemento hecho de una carne ajena, si es verdad que la nariz prestada se pudre el día de la muerte del primer propietario de dicho pedazo de carne, al mismo tiempo que el cuerpo del que ha salido. Es pues manifiesto que el alma se esparce fuera del cuerpo, hacia todos los horizontes de su naturaleza. Por eso sucede que ella reconozca no solo los miembros en que ha habitado sino también todos aquellos que ha frecuentado y con los que ha contraído participación o comunión. Es nulo el argumento que algunos oponen —zonzos a quienes aún les faltan los rudimentos de la filosofía— según el cual uno puede ser tocado sin que el otro sienta nada: eso solo es verdad a condición de distinguir una especie de la otra, un individuo del otro, pero es falso cuando se los descompone parce por parre. Al igual que si un hombre se ha pellizcado el dedo o pinchado con un alfiler en tal punto del cuerpo, el dolor recorre de pronto todos sus miembros, y no permanece en el lugar en que sin embargo ha nacido; del mismo modo, puesto que el *animus* está en continuidad con el alma del mundo, la imposibilidad de penetrarse mutuamente que es propia de los cuerpos no vale para él —si es verdad que en las sustancias espirituales de ese tipo reina un orden diferente—. De modo semejante, innumerables lámparas concurren a la potencia de una luz única, sin que suceda que una impida, moleste o anule la luz de la otra. Sucede del mismo modo con numerosas voces que se elevan juntas en el aire; igual también, con numerosos rayos visuales (para hablar comúnmente) que se despliegan para abrazar el mismo todo visible, penetrando en el mismo medio, unos en línea recta, otros en línea

oblicua, sin molestarse mutuamente; sucede del mismo modo en fin, con innumerables espíritus y almas que se esparcen en el seno de un mismo espacio, sin por eso contrariarse al punto de que la difusión de uno impida la difusión de una infinidad de otros.

Semejante virtud no pertenece por ramo solamente al alma, sino igualmente a ciertos fenómenos como la voz, la luz, la vista, en razón de que el alma está íntegramente en el todo y en cualquier parte del cuerpo, y que alrededor suyo, fuera del cuerpo que ocupa, ella aprehende especies enteras de cualquier naturaleza, incluso alejadas. Es la señal de que no está incluida dentro del cuerpo según la acción primera y la sustancia; ella está presente en él no de forma circunscripta, sino simplemente definida de suerte que despliega en él y a través de él sus acciones segundas. He aquí el principio al que se liga la causa, y por el que se descubren la razón y la virtud de tantos efectos que provocan la maravilla; el alma, esta sustancia divina, desde luego no debe ser una condición inferior a los fenómenos que proceden de ella, y que son como sus efectos, sus huellas y sus sombras. Diría pues: si la voz opera fuera del cuerpo en el que nace, y si está por entero en innumerables oídos alrededor, ¿por qué la sustancia que produce la voz no podría encontrarse íntegramente en diversos lugares y partes, ligada incluso a ciertos miembros?

Es necesario observar además que las facultades ocultas de comprensión no orientan su atención ni su inteligencia hacia todos los lenguajes; en efecto, las voces que son de institución humana no son escuchadas como simples sonidos naturales. Por eso los cantos, sobre todo aquellos de un poeta trágico (como lo nota Plotino) poseen una eficacia extraña para elevar las dudas del alma. De modo semejante, todas las escrituras no son tan influyentes como los caracteres que, a través de un dibujo y una representación determinadas, revelan las cosas mismas; así sucede con ciertos signos inclinados los unos hacia los otros, que se observan mutuamente, abrazándose, y que obligan al amor; otros por el contrario son opuestos, disociados que suscitan el odio y el divorcio; amputados, estropeados, rotos, que llaman a la ruina; nudos para formar lazos, caracteres desliados para deshacerlos. Estos caracteres no son de una forma precisa y definida, pero cualquiera, bajo el imperioso dictado de su furor, o por la vivacidad que pone en ejecutar la operación (a la medida de su deseo o des su execración), designa así un objeto por sí mismo y por la potencia divina: a través de esos nudos y en ese impulso apasionado, pone en movimiento ciertas fuerzas que ninguna elocuencia, ninguna arenga bien madurada, ningún discurso bien escrito hubieran podido mover. Semejantes eran las letras, definidas de manera más adecuada entre los egipcios por el término de *jeroglíficos* o caracteres sagrados, que adoptaban objetos particulares de las figuras tomadas a la naturaleza o a las partes de las cosas. Tales escrituras, tales lenguajes, servían a los egipcios para entrar en conversación con los dioses para la consumación de efectos maravillosos. Luego de que las letras hubieron sido inventadas por Theuth (él u otro), esas letras que nosotros utilizamos hoy en un tipo de actividad completamente distinta, resultaron una

pérdida muy grande para la memoria, la ciencia divina y la magia[10] A su vez, es hoy con imágenes fabricadas a imitación de aquellas de los egipcios, con los caracteres y ceremonias que hemos descrito, fundados sobre gestos y ritos precisos, que los magos explican a través de ciertos signos lo que ellos desean de manera de hacerse escuchar: esa es la lengua de los dioses, que siempre permanece la misma, mientras que todas las otras cambian cada día miles de veces —como permanece siempre ella misma la apariencia de la naturaleza—. Es por esta razón que los dioses nos hablan mediante visiones, sueños que nosotros calificamos de enigmas por falta de hábito, por ignorancia y obtusa debilidad de nuestras facultades, cuando son esas las palabras por excelencia, y los confines mismos de lo que podemos figurar. Pero del mismo modo que semejantes propósitos se sustraen a nuestra captación, nuestras palabras latinas, griegas, italianas se sustraen también a la escucha y a la inteligencia de las potencias divinas, superiores y eternas, que difieren de nosotros en especie, al punto que es muy difícil comerciar con ellas, ¡más aún que entre águilas y hombres! Y tanto como los hombres de tal país no pueden tener intercambio ni comercio si no es por gestos con hombres de otro país sin comunidad de lenguaje, de la misma manera no podemos tener intercambio con un cierto género de divinidades más que a través de ciertos signos, marcas, figuras, caracteres, gestos y otros rituales. Y un mago, sobre todo si él practica este tipo particular de magia que es la teurgia, difícilmente podrá obtener un resultado sin recurrir ampliamente a las palabras y a las escrituras de esta especie de magia.

Consideración sobre la comunidad de las cosas

Es posible desde entonces considerar con confianza la razón por la cual la acción se ejerce no solamente sobre los objetos próximos, sino también sobre los objetos alejados al plano de la percepción: en realidad, como se lo ha dicho, es gracias a la comunidad del espíritu universal, que está por entero tanto en el todo como en cualquier parte. De allí proviene el hecho de que, de la misma forma que diversas luces se concentran en el mismo espacio, también las almas, diversas sobre el plano de la potencia y de la acción, se asocian en el universo, según un número finito o un número infinito. Sucede del mismo modo para los cuerpos, cuyo ser se define y se circunscribe según una superficie y un perímetro y que, habida cuenta de sus diversas e innumerables partes, residen en diversos e innumerables lugares (si por lugar entendemos espacio). Así pues, un cuerpo no puede actuar de ninguna manera sobre un cuerpo, ni la materia sobre la materia, y las partes de una misma materia y de un mismo cuerpo no pueden actuar sobre las otras partes de un cuerpo: toda acción proviene de hecho de la cualidad específica, de la forma, a fin de cuentas del alma. Es ella la que cambia en primer lugar las disposiciones para que a continuación las disposiciones modifiquen los cuerpos. Solamente así, el cuerpo puede actuar sobre un cuerpo distante o sobre un cuerpo

próximo y sobre sus propias partes por una suerte de simpatía, de alianza, de unión que proviene de la forma. Además, estando todo cuerpo regido por el alma o por un espíritu que anuda las partes entre sí, al igual que sucede que un alma actúe sobre un alma vecina allí donde se encuentre, sucede necesariamente también que ella actúe sobre el cuerpo donde se encuentre, dependiendo el cuerpo de esta alma y sometido a ella. Quien conoce por tanto esta continuidad indisoluble del alma, y sabe que ella está ligada al cuerpo por una especie de necesidad, tendrá allí un principio precioso sea para operar, sea para estudiar la naturaleza de manera más verídica. Y se tendrá inmediatamente la prueba de que el vacío, es decir un espacio sin cuerpo, no existe: un cuerpo no abandona un espacio sin ser reemplazado por otro. Ciertamente, el alma abandona el cuerpo que ocupaba en vida, pero no puede abandonar el cuerpo universal —a menos que prefiramos decir que ella no puede ser abandonada por el cuerpo universal—; dejando un cuerpo simple o compuesto, se transportará a un cuerpo compuesto o simple —a menos que, abandonada por un cuerpo, ella no sea solicitada o incorporada por un cuerpo distinto—. Está pues indisolublemente ligada a la materia universal; por eso, como su naturaleza particular es en todas partes entera y continua, reconoce en todas partes la materia corporal que coexiste con ella. Se sigue en conclusión que el vacío no es un espacio sin cuerpo, sino un espacio en el cual diversos cuerpos se suceden y se mueven; de allí el continuo movimiento de las partes de un cuerpo hacia las partes de otro cuerpo, a través de un espacio continuo, no interrumpido, como si el vacío no fuera más que el mediador entre dos llenos —salvo querer llamar vacío al espacio en el cual no se encuentra ningún cuerpo perceptible—.

Un cuerpo imperceptible es un cuerpo verdaderamente continuo —sin duda espíritu aéreo o etéreo—; está dotado de una actividad muy grande y de una eficacia muy grande, en tanto que es estrechamente conjunto al alma, a causa de su semejanza; por eso se distancia más de la grosería de la sustancia sensible más tosca de los compuestos. Que los cuerpos imperceptibles y espirituales —aquellos de los que procede toda la virtud presente en los cuerpos sensibles— estén dorados de la susodicha eficacia, es lo que muestran el espíritu aéreo que hace afluir y refluir toda la mar, y el indomable empuje de los vientos que, aún con tiempo despejado y sereno, devastan la tierra, destrozan los árboles, abaten los navíos, Como lo apunta tan bien Lucrecio, ese cuerpo espiritual es quien realiza todas las operaciones en los cuerpos sensibles: a su vez la mayoría de los filósofos pensaban que él no difería del alma, de donde la fórmula del poeta para designar el aire, *quantum ignes animaeque valent*, «todo lo que pueden los fuegos y los vientos»[11]. En cuanto al fuego, ajeno a la materia grosera de los carbones, que solo son cuerpos en combustión, se comprende que él solo difiere del aire por simple accidente. El fuego verdadero es un verdadero espíritu que, al interior de un cuerpo en combustión, está como contenido, adormecido; fuera de ese cuerpo, existe de pleno derecho, pleno de vivacidad; y él está en un estado intermediario en la llama, como puesto en movimiento. Es a través de ese espíritu que, de diversas maneras, son formados diversos cuerpos y seres vivientes. Aún si todos los cuerpos compuestos

no son vivientes, sin embargo es preciso considerarlos a todos como animados, aunque no atañan a un único y mismo tipo de actividad, a causa de las múltiples disposiciones de la materia y del objeto de las ideas. Por esta razón él adviene cuando las formas son diversas y opuestas (no sin razón ni especificidad: es asique unas concuerdan con otras), y cuando son opuestos los lugares del impulso y del deseo, unos que huyen, los otros que persiguen —todo esto procede de las modalidades de la composición—.

Todas las cosas desearán conservarse en su propio ser, es a pesar suyo que son arrancadas del lugar de su conservación y de su existencia propia: luchan, oponen una viva resistencia, tanto así como el sol (o el fuego) no atrae a sí el agua a través del espacio aéreo antes de haberla asimilado al aire, es decir de haber mudado su consistencia en vapor; una vez consumada la conversión, la sustancia que antes era agua ya no es atraída a su pesar, sino arrastrada por su propio impulso, esforzándose a ello por consentimiento, por así decir; por eso, aproximándose cada vez más a la naturaleza del fuego, ella finalmente deviene dicho fuego. Por el contrario, el cuerpo muy sutil que, bajo forma de fuego, está contenido en el espíritu, encontrará en sentido inverso la forma acuosa, espesándose y deviniendo materia. Así pues, del agua al vapor, del vapor al aire, del aire al cuerpo etéreo más fino y más penetrante, se produce la mutación de una misma sustancia y materia a la que los egipcios, Moisés y Diógenes de Apolonio llaman *espíritu*. Existe divergencia en el hecho de que Moisés no distingue el alma del espíritu (si uno se atiene a su letra, sin prejuzgar del sentido), mientras que los otros los han diferenciado. Completamente distinta es la sustancia bruta: ella está formada por los átomos, cuerpos indisolubles, de una sola pieza, no poseyendo continuidad ni divisibilidad, y a causa de ello no convertibles en ningún otro cuerpo; la sustancia del agua, del espíritu o del aire, que es la misma, no se transmutará jamás en sustancia de átomos o sustancia bruta, y viceversa.

Es en suma divina y verdadera, en su extrema conformidad con la naturaleza, la filosofía que ha puesto cosas como principios: agua, o abismo, o Stix; la sustancia bruta, o átomos, o tierra (¡no hablo, ciertamente, del globo terrestre!); el espíritu, o aire, o alma; y, en cuarto lugar, la luz; pues estos elementos se distinguen por el hecho de que no pueden intercambiar sus naturalezas pero todos —aquí más, allí menos, aquí todos, ahí solo algunos— se encuentran y se asocian de manera feliz.

Del doble movimiento de las cosas, y de la atracción

El movimiento de las cosas es doble: natural, extra-natural. Natural, el que proviene de un principio intrínseco; extra-natural, el que proviene de un principio

extrínseco. Por otra parte, es natural el movimiento que está en acuerdo con la naturaleza, la constitución, la generación; extra-natural, aquel que no lo está. Este último es él mismo doble: violento, cuando está contra la naturaleza; ordenado y coordinable, cuando no choca contra ella. El movimiento natural, para hablar comúnmente, se produce según todas las especies y las categorías, sin distinción entre movimiento y mutación. Por el momento, dejemos de lado todos los otros movimientos y sus especies, y reflexionemos sobre el movimiento natural en función del lugar. Diremos que es de dos tipos: uno pertenece a las cosas constituidas naturalmente y que subsisten en su propio lugar; este movimiento es circular o bien imita el movimiento circular. El otro es el de las cosas constituidas no naturalmente; ese movimiento es rectilíneo. De hecho, el aire se mueve en línea recta para llenar el vacío, la piedra se mueve en línea recta a través del aire, y los cuerpos más pesados, penetrando en el agua, se desplazan a fin de encontrar un lugar en el que descansar inmóviles o bien moverse naturalmente; otro tanto puede hacerse en línea recta, un contrario huye de su contrario, como el humo, el vapor, el agua huyen del fuego (pues es por la línea recta que se va más lejos y más rápido); también en línea recta lo semejante tiende a lo semejante y hacia lo que concuerda con él, como la paja hacia el ámbar, el hierro hacia el imán, a fin de reposar inmóvil o de moverse conjuntamente de manera mejor y más satisfactoria. Es un tercer tipo de movimiento el que es flujo e influjo de todas las parces, resultantes de todos los cuerpos naturales que emiten múltiples formas alrededor; por el momento, llamemos a ese movimiento *esférico*. Él no sigue una línea recta, no es ni centrífugo ni centrípeto, no gira tampoco alrededor del centro, pero sigue líneas en número infinito a partir de ese mismo centro, puesto que a partir del perímetro convexo o de toda la superficie, desde el interior, todos los cuerpos proyectan y emiten algo, luego lo retoman nuevamente y lo recogen en sí mismos; ellos crecen y toman vigor, porque el influjo de los elementos compatibles excede la afluencia, luego envejecen, decrecen, se debilitan cuando el influjo de los elementos extraños y la afluencia de las partes naturales se intensifican. Es por esta razón que al final la corrupción y la mutación alcanzan a las cosas, no siendo toda mutación más que alteración o disolución. Sobre estos dos primeros tipos de movimiento, no hay ninguna controversia de sentido, siendo comúnmente admitidas estas observaciones y esta enumeración; un examen más profundo revelará que el tercer movimiento es no solamente verdadero y apropiado, sino también necesario. Es sobre todo perceptible en las sustancias que tienen cualidades de extrema sensibilidad, como el fuego que no calienta de un solo costado, o una sola parte, sino que calienta todo el medio alrededor, y cuando se despierta de repente, abraza e ilumina en todas las direcciones; del mismo modo la voz, el sonido, en un medio homogéneo, penetran igualmente alrededor suyo. El sentido olfativo pone también en evidencia que constantemente emanan partículas de las sustancias aromáticas; ahora bien este accidente no llena la atmósfera circundante sin que sea difundido un compuesto a través de ciertas partes, cierta sustancia. Del mismo modo que ese tipo de apariencia, de simulacro y de accidentes sensibles, otros innumerables accidentes ligados a ciertas partes se propagan, mientras que estas partes se encuentran increíblemente alejadas de los

minúsculos objetos sensibles de los que emanan: se lo constata fácilmente en esas cosas que continúan conservando su perfume un gran número de años, a pesar de su pequeño volumen. Además de las cualidades o las virtudes sensibles que emanan de los cuerpos en la esfera circundante, son otras, más espirituales y menos volátiles, las que actúan no solamente sobre el cuerpo y los sentidos, sino también sobre las profundidades del espíritu, y alcanzan facultades del alma más enterradas, induciendo afecciones y pasiones. Todo esto es muy claro al observar la virtud de muchas piedras y raíces, de numerosos minerales; es lo que aparece también en las fascinaciones y en la operación activa o pasiva de la suerte echada a través de la ojeada: así el basílico puede matar a un hombre situado a buena distancia solo por su mirada penetrante.

Cómo el imán atrae el hierro, y la coral la sangre, etc.

De esas premisas se deduce que la piedra de imán atrae por su naturaleza misma. En efecto, la atracción es doble: ciertos objetos atraen ante todo por simpatía, como cuando partes se mueven hacia su todo, como cuando lo que tiene un lugar definido retoma a su lugar, como cuando los semejantes orientan a sus semejantes y los correspondientes, a sus propios correspondientes. El otro tipo de atracción ocurre sin una simpatía semejante cuando, por ejemplo, un contrario es arrastrado por su contrario que lo ha vencido, porque no puede huir de él: así la humedad es arrasada por el fuego, como se evidencia cuando ponemos sobre una cubeta de agua una cubeta llena de fuego; el agua se consume en virtud del calor, al punto de evaporarse en los aires. Esto es manifiesto también en los remolinos y en los tifones que sobrevienen en el mar, y que poseen la suficiente fuerza a veces para elevar por los aires tamo el agua como los buques, a una gran distancia. Bien, ese desplazamiento brutal se debe a tres razones. En primer lugar, por las razones sensibles análogas a los casos que acaban de ser enumerados, según el principio que pretende también que una cosa presente en el aire padezca la atracción y la absorción del aire. Es lo que se observa en las canalizaciones donde circula el agua: si ella remonta su nivel o progresa, es porque siendo atraído el aire contenido en la canalización sin que otro aire pueda tomar su lugar, agua, tierra o cualquier otra cosa acuden a completar el espacio. Y si nada puede acudir a realizar este oficio, el aire es vuelto a llamar y retenido por la fuerza particular del espacio, como bien lo hacen verlos niños que maman o chupan a través de un orificio obstruido: su lengua y sus labios, en virtud del aire que media fuertemente comprimido, se adhieren al orificio y son a su vez como succionados a fin de que de sus poros sea extraído el soplo que renovará y reconstituirá lo que ha sido sustraído de ese espacio.

Existe también otra especie de atracción imperceptible, la que el imán ejerce

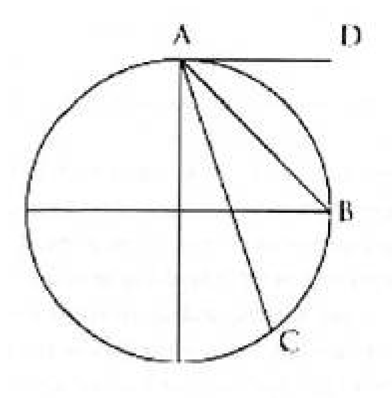
sobre el hierro; a falta de poder relacionar la causa de esto al vacío o a ese tipo de cosas, lo atribuimos a la afluencia de partículas o átomos salidos de todos los cuerpos. Resulta que, en el momento en que un cierto tipo de átomos alcanzan y encuentran átomos semejantes o afines, de una especie congénere o fecundable, se inflaman entonces el deseo y el movimiento impulsivo de un cuerpo hacia el otro (a menudo el vencido hace así juramento de obediencia a su potente vencedor); todas las parces padecen pues un impulso en el mismo sentido, y es preciso decir que forman un todo. Se lo constara claramente en lámparas encendidas: si una, situada justo debajo de otra, se apaga, a través de su humo o por los soplidos que proyecta (estando estos en una disposición propicia para constituir la llama o el alimento del fuego) la llama de la de arriba descenderá, como capturada, para encender la lámpara más baja; igual en el caso de las pavesas de una antorcha que, para no extenderse luego de haber consumido su propio líquido, se esfuerzan por alcanzar la marcha ubicada en proximidad, y no dejan de desplazarse hacia la ubicación de una llama más alta, yendo tras sus pasos derecho o de forma oblicua y estirándose hacia ella. Es lo que sucede a las partículas de hierro que se precipitan desde todas partes sobre el imán, atraídas por otro tipo de cualidad o de virtud (en los objetos naturales y los mixtos de este tipo, cualquier operación no debe ser relacionada en efecto a las únicas cualidades activas y pasivas: incluso si se logra que concurran allí, a veces, de forma necesaria, pero no principal). En verdad, esta atracción proviene de una afluencia de partes producida por ciertos sujetos: prueba de ello es que, si se los frota, el imán y el ámbar adquieren una mayor fuerza para atraer la paja y el hierro. El calor en efecto induce una afluencia más grande de partículas, la que posee un poder de abrir los poros y de rarificar los cuerpos.

Del mismo modo se explica la capacidad del ruibarbo de atraer la bilis de las extremidades o de las partes periféricas del individuo hasta el intestino cuando tiene un poder suficiente —quizás no lo suficientemente grande para que la bilis sea despedida ames de que ella opere, pero no tan débil como para que solo ponga en movimiento su humor sin lograr atraerlo—. También en el imán, y en los cuerpos semejantes, la virtud y la eficacia atractiva no dependen de una cualidad activa o pasiva, según las categorías reconocidas de la acción y de la pasión, como en las formas de los cuatro elementos: tenemos la señal de ello en el hecho de que también el hierro, si es tocado por el imán, absorbe la misma hiena de atracción en relación a otro hierro. Ahora bien, eso no sucedería si el efecto dependiera de una cualidad elemental. En efecto, el calor y el frío, sobreviniendo de manera accidental en los objetos, se desvanecen desde que desaparece la fuente de calor. Por tanto, hace falta relacionar la cosa a la afluencia de partes que, emanando fuera del imán, han fluido al corazón del hierro, y que son sustancia espiritual. Es difícil hallar otra razón a estos efectos, o al menos una razón verosímil; si se admite lo que acaba de ser dado y que se revela sólido en todo punto, se vuelve fácil criticarlas quimeras y fantasías por las cuales otros han explicado las razones de la atracción.

A la misma causa, a la misma explicación, se relaciona la propiedad que se

concede al diamante de impedir esta atracción; otras sustancias también poseen por naturaleza una virtud afluente que debilita la virtud de la otra sustancia, mientras que otras las intensifican y las aguzan: bien se dice que el diamante imprime la grandeza del alma en quien lo porta.

En cuanto a la atracción del polo magnético, se podría encontrar fácilmente su causa, puesto que esas historias de elevadas montañas de imán pretendidamente situadas en cierta tierra del globo no son más que mentiras (¡difícil es, ciertamente, dejarse convencer por ellas!). Planteamos el problema: se quiere saber por qué una atracción semejante se hace sentir a cualquier distancia. No hablados aquí de atracción magnética activa, hablamos de atracción pasiva (¿atrae el imán, por otra parce, al imán? ¡No he tenido jamás la experiencia!). Suponiendo que tales montañas existan realmente, y que ejerzan su virtud a una tal distancia: si ellas atraen una aguja ubicada en la zona tórrida o en los trópicos, sin duda desde nuestras regiones deberían atraer con mayor razón soldados en armadura. Vemos bien que es pura ridiculez. Supongamos que el imán atrae el hierro cuando nada distinto al aire se le interpone, en línea recta, y desde nuestras regiones solamente, hasta esas tierras en que se encuentran montañas y rocas de imán, allí donde al otro lado del mar del Norte, la tierra presenta una fuerte redondez.



El imán atraería pues el hierro (si lo atrajera por razones de similitud) en el caso en que nuestro imán estuviera en el punto A, y las montañas en el punto D; ahora bien debemos situarlas en B o en C, de modo que entre los dos se interponga sea una larga distancia (la recta AB o AC), sea una curvatura importante de la tierra (el arco AB o AC). La explicación tan trillada se encuentra de cualquier forma reducida a la nada. Y a las razones anees dichas, añadimos también esta: esas montañas de imán no poseen la virtud de atraer el imán en razón de similitud, pues si fuera así veríamos una enorme masa de imán atraer una migaja ínfima de imán. No explicaremos por tanto este efecto por la atracción (en virtud de que, como se lo ha dicho, sería mucho más conforme a la razón que el hierro sea atraído

en esa dirección), sino al contrario por la huida y la antipatía. La naturaleza de ese mineral y la del hierro son en efecto de carácter contrario: ellos son paridos por la tierra, y siendo terrestres, su consistencia es fría. A su vez les sucede lo inverso que a casi todas las flores que se exponen al sol y siguen, girándose, su curso en el cielo, como hacen el heliotropo, la flor de narciso, de croco y una infinidad de otras. Desde entonces, afirmaremos con certeza que esas sustancias, en tanto que enemigas del sol y del calor, se orientan y precipitan hacia las tierras adversas más opuestas.

Epílogo sobre los movimientos que afectan a ciertas sustancias

Descubrimos por tanto que unas sustancias se mueven localmente por varias razones: ante todo para asegurar la persistencia y la conservación de su vida que se sostiene en el movimiento (es en virtud del alma y del espíritu innatos que las cosas se mueven circularmente en su propio lugar, como se lo ha dicho); en segundo lugar, por huida de su contrario; en tercer lugar, por búsqueda de lo que es bueno y apropiado; en cuarto lugar, por expulsión y exclusión determinadas por un contrario; en quinto lugar, por la violenta atracción de un contrario en estado de falta o de deseo de una sustancia convertible en sí mismo; en sexto lugar, por una elección del alma que concurre con la simpatía de la potencia natural; finalmente, por una fuerza violenta que, por arte o también por aprendizaje, obstruye a las fuerzas de la naturaleza y las obliga a volver a otro lugar, o aún también por una violencia que ejerce la naturaleza en persona, quien en tanto es muy fuerte en una parte para hacer mover algo, inhibe la naturaleza de otro móvil de menor potencia y lo debilita. Sucede igual en todos los dominios: es por el flujo de un agua corriente que el flujo de otra es detenida; por ejemplo, cuando los ríos se vierten en el océano, padecen el flujo del mar, al punto de remontar numerosas millas en dirección de su fuente.

Sobre los vínculos de los espíritus

Se ha dicho más arriba que ciertos espíritus habitaban una materia bruta, otros una marcha sutil; que unos consistían en cuerpos compuestos, los otros en cuerpos simples; que algunos eran sensibles, otros imperceptibles. En consecuencia, las operaciones del alma son aquí más rápidas, allí más difíciles, aquí como ahogadas, allí bien adapta das, en otra parte absolutamente rechazadas. Además, ciertos espíritus operan de manera más potente en función de tal o cual tipo de operación. Así a los hombres les están permitidas operaciones de las que los demonios están privados (e inversamente). En estos últimos por ejemplo, es más rápida la penetración de los cuerpos y la intromisión en los pensamientos, puesto que ellos imponen a los sentidos internos ciertas impresiones que nosotros creemos sentir espontánea mente; esta influencia parece regulada por alguna proporción. Existe analogía con la situación de quien desea llamar la atención: a una cierra distancia, él debe elevar la voz, a fin de que sus propósitos desemboquen por la vía auditiva en el sentido interno del otro: mientras que de cerca, basca murmurar al oído. Un demonio no tiene necesidad de la voz, ni aún del susurro: él penetra directamente el sentido interno, como se lo ha dicho, Es así que los demonios envían sueños, hacen escuchar voces y ver cosas extrañas, pero también sugieren en el estado de vigilia ciertos pensamientos de los cuales ignoramos que nos son dictados por una fuerza exterior, a veces inculcando una verdad a través de enigmas, otras significándola más claramente; otras veces quizás aplicándose en engañarnos. Naturalmente, no todos tienen esos poderes, puesto que todas las cosas se cumplen según un encadenamiento y un orden dados.

Por tanto, no todo está a disposición de todos los espíritus y demonios, no todo les es igualmente posible, ni inteligible. Sabemos pertinentemente que hay muchas más categorías de ellos que cosas sensibles; así algunos son brutos que dañan sin razón, al punto de vivir por debajo de la sabiduría humana, pero no obstante incapaces de dañar tanto como las bestias feroces y venenosas. Se trata de la especie que Marcos llama «sorda y muda»[12], es decir desprovista de razón: ella no reconoce ninguna orden, no escucha amenaza ni rue go, incluso no las podría entender. Es por eso que los Antiguos se pretendían impotentes para cazar tales espíritus, y decían que su especie no podía ser dominada y vencida más que por el ayuno, la abstinencia, la oración o la elevación del alma hacia Dios. Es más bien asunto de la medicina, puesto que los humores de la melancolía más densos y más terrestres también son como la pastura y el alimento predilecto de esta especie pesada: se recurrirá pues a la medicina para que las reduzca prescribiéndole diera de alimento o drogas juiciosamente dosificadas.

Hay otra especie de demonios, timoratos, crédulos, que escuchan y comprenden las palabras sin ser capaces de distinguir entre posible e imposible,

propio e impropio —un poco como, en los hombres, los visionarios, o aquellos que poseen la imaginación trastornada—. Esos demonios, habitualmente, huyen si se los amenaza de muerte, si se les promete ponerlos tras las rejas o lanzados a la hoguera; pero también hay otros, más prudentes, cuya sustancia simple es más aérea, que no son conmovidos por ninguna ceremonia, ningún rito, ningún ruego, y que saben forjar todas las ficciones con su fantasía; ilusionan a los hombres, fingen el miedo, la ira, la piedad, se muestran finos conocedores en lenguas como en ciencias, pero no profieren nada sólido —raza odiable que siembra la confusión y la duda en el espíritu y en los sentidos de los hombres—. En cuanto a la especie etérea, pura y luminosa, todos están de acuerdo en decir que ella es absolutamente buena y amiga de los hombres honestos —enemiga de nadie, en verdad—; sin embargo algunos demonios aéreos son amigos de unos pero salvajes enemigos de los otros.

Los demonios del agua y de la tierra son enemigos, o no-amigos, ya que son menos razonables, y por esta razón más miedosos, conforme al adagio: «Odian quienes temen»[13]. Ellos aman dañar.

Los demonios del fuego, que son propiamente nombrados dioses y héroes, son llamados ministros de Dios: son aquellos a los que los cabalistas llaman Fissim, Serafín, Querubín, y de los que el profeta de los salmos ha dicho: «Ha hecho de los vientos sus ángeles mensajeros y de las llamas de fuego, sus ministros».[14] Basilio y Orígenes deducen de esto con razón que los ángeles no son perfectamente incorpóreos, sino que ellos son sustancias espirituales, es decir seres dorados de un cuerpo extremadamente sutil, lo que la revelación divina da a entender a través de los fuegos y las llamas de fuego.

Dentro de cada categoría de espíritus, encontramos presidentes, príncipes, pastores, generales, gobernadores: jerarquía que permite a los sabios y a los potentes dominar y dirigir a los débiles y los ignorantes. Esta dominación no es eterna, pero no es tan efímera como la vida humana, puesto que su vida no tiene, por numerosas razones, relación con la nuestra: en efecto es más fácil para un alma ser asociada a un cuerpo simple que a un cuerpo compuesto de contrarios, como es el nuestro. Se sostiene con facilidad que esos espíritus poseen cuerpos expuestos a las pasiones —al igual que el aire y el agua están más expuestos a las pasiones que ciertos cuerpos compuestos—. Pero en consecuencia ellos se reconstituyen con la misma facilidad con que el aire dividido se reúne nuevamente, o las aguas divididas se reúnen tras la estela. No es por fantasía, ni por una simple imagen poética, que Virgilio afirma que Eneas ha sumergido las sombras en el terror al surcar la infernal estancia con su espada desenvainada[15].

Algunos espíritus habitan cuerpos humanos, otros el cuerpo de otros seres vivientes, plantas, piedras, minerales; en suma no hay nada que esté privado de espíritu, de indigencia —y en ninguna parte el espíritu se ha reservado una estancia eterna que le correspondería por derecho—; la materia flota de un espíritu

a otro, de una naturaleza o composición a la otra, y el espíritu flota de una materia a la otra; hay alteración, mutación, pasión y en fin corrupción, es decir separación de ciertas partes y composición con otras. La muerte no es otra cosa que una disolución. A su vez ningún espíritu, ningún cuerpo desaparece: no es más que una mutación continua de las combinaciones y de las actualizaciones.

Según las diversas actualizaciones que emanan de la diversidad de las combinaciones, existen diversas amistades y odios. Se lo ha dicho, todas las cosas desean perseverar en su ser presente, mientras que, de un estado distinto, que sería nuevo, nada saben ni nada pueden decidir; por eso existe recíprocamente un lazo general de amor del alma para con su propio cuerpo y, a su manera, de ese cuerpo para con su alma. De allí proviene, nacida de la diversidad de las naturalezas y de los impulsos, la diversidad de los vínculos que encadenan los espíritus como los cuerpos: es eso de lo que habrá que tratar después de haber dado precisiones sobre la analogía que existe entre los espíritus y los compuestos.

La analogía de los espíritus

Porfirio, Plotino y otros platónicos asignan a los espíritus cuerpos tales que los más puros y los más perfectos, designados también con el nombre de dioses, están hechos de la sustancia corpórea más simple y más pura; pero aquellos que están hechos de elementos brutos no están privados por eso de la participación de un elementos sutil: los espíritus aéreos llevan el aire mezclado con el fuego, los espíritus del agua llevan aire y fuego, los terrestres llevan aire y agua mezclados con fuego. Son sustancias invisibles, a causa del carácter tenue de los cuerpos; pero los espíritus terrestres y los espíritus del agua se vuelven visibles con facilidad, condensando o espesando su vapor, y son susceptibles de aparecer en el aire sereno y tranquilo de las regiones más límpidas del cielo. Me ha ocurrido por otra parte verlos al pie de los montes Libero y Lauro —y no sólo a mí: ellos aparecen con frecuencia a los habitantes de esos lugares, a quienes testimonian alguna hostilidad (desde luego medida), llevando u ocultando los animales del rebaño para dirigirlos al establo unos días después—. Se tienen numerosos testigos en las minas de oro y las galerías subterráneas, por ejemplo en Cévennes, de sus frecuentes apariciones a los mineros: a veces los hostigan, otras veces los ayudan, otras aún les hacen ver derrumbes ilusorios. Colocamos en esta última categoría a los demonios que yo mismo he encontrado cerca de Nola, en el templo de Porto, en un lugar aislado, y bajo una roca al pie de ese monte Cicala que en otro tiempo albergaba el cementerio de los apestados. Muchas personas que pasan por allí al anochecer los encuentran: por mi parte he sido sorprendido por una lluvia de piedras que, rebotando con una gran fuerza, han hecho fallar un poco mi cabeza y mis miembros; me sentía perseguido de muy cerca, y sin embargo no he

conservado ninguna huella de herida, como aquellos que han testimoniado el mismo fenómeno. Psellus menciona esos espíritus en su obra *Demonios*, llamándolos *lucifugum* y lanzadores de piedras, cuyo asalto resta siempre vano. No solamente los sentidos, la experiencia y la razón afirman que existen demonios subterráneos, sino también cierta autoridad divina alojada en la muy sabia y elevada filosofía del libro de Job. Este último, maldiciendo el día de su nacimiento, dice así: «¡Perezca el día en que he nacido!», etc., luego algunas frases más adelante, añade: «¿Por qué ha sido dada la luz a un desgraciado y la vida a aquellos que viven en la amargura del corazón?», y también: «¿Por qué no he muerto en el instante en que salía del vientre de mi madre?». «Por qué no he desaparecido como se oculta un feto abortado por naturaleza». «Ahora dormiría en silencio y descansaría en el sueño, con los reyes y los príncipes de la tierra que edifican soledades y llenan sus residencias de dinero»[16]. Nada conviene más exactamente a nuestro propósito que estas palabras pronunciadas por la misma boca de Job.

Por otra parte, como se lo ha dicho más arriba, otros espíritus están incluidos en otros cuerpos, sus niveles distribuidos según un orden fijo y una cierta equidad. Orígenes, Pitágoras y los platónicos cuentan a ciertos hombres entre esos demonios: no son buenos, sin duda, pero son capaces de enmendarse —o de empeorar, según que tiendan a escoger una vida mejor o aún más vil—. Por eso los teólogos cristianos o las más estimables sectas de filósofos llaman a ese tipo de vida una vía o un pasaje, un peregrinaje o una lucha. Un juicio similar puede sostenerse sobre otros tipos de coexistencia. Además, cuando el alma (o el espíritu) llega a ser la mejor de entre ellas, se comprende que se mantenga de manera durable. Es lo que decíamos al comienzo: toda sustancia espiritual se reduce a una, toda sustancia espiritual se reduce a una triada: el alma, Dios y la inteligencia primera por encima de todas las cosas, el alma del universo.

Añadamos que es muy probable que todas las enfermedades sean malos demonios: se puede por tanto, a través del canto, la plegaria, la contemplación y el éxtasis, expulsarlos del alma —o evocarlos allí por prácticas contrarias—. No se puede negar que ciertos hombres controlan a los espíritus dominantes en virtud de los cuales triunfan ante ciertos tipos de enfermedades, como se dice de Ciro y de otros reyes de Persia que curaban a los espleneticos tocándoles el pulgar. Lo sabemos de los reyes de Francia: ellos detentaban el mismo poder de curar los lamparones por la caricia del pulgar; y el séptimo hijo nacido del mismo padre sin que ninguna hija se intercale puede, eso se dice, hacer lo mismo con su saliva.

La prueba de que los demonios son de naturaleza corpórea, tan diversos y variados como diversos y variados son todos los tipos de cuerpos, es que experimentan afectos, deseos, movimientos de ira, celos, idénticos a los que sienten los hombres y los seres compuestos de materia más espesa y sensible. Son aquellos que han inventado los sacrificios y las masacres de animales cuya pompa y alabanza, pretenden ellos, les dispensan un placer extremo; y es preciso que sean

de un temperamento muy afín al nuestro, si es cierto que experimentan respecto a todos los pueblos y naciones extranjeras, sin excepción, sentimientos de odio y aborrecimiento. Algunos de esos demonios poseen un nombre, un renombre, de poder; los otros son más plebeyos, aquellos que los romanos llamaban «divinidades patelares»[17], o domésticas, y que no recibían seguramente ni sacrificios ni ofrendas. En verdad, no es creíble que tales manjares les fueran tan necesarios como agradables (¡ellos son capaces de procurarse por sí mismos su propia subsistencia!); sin embargo se ha imaginado que era el colmo del lujo, que no podrían dárselos sin los buenos oficios de los hombres; pues por más que pudieran conocer muchas cosas mejor que nosotros, existen muchos de ellos que no pueden mover ni transformar tanto como nosotros por sus propias fuerzas, a causa de su composición más espiritual, más elevada y delicada. Están los que se complacen más por las fumigaciones: bastaba en otro tiempo rendirles homenaje con incienso, azafrán, almizcle, ámbar y flores aromáticas.

Se cuenta que aquellos que encuentran alegría en los himnos, los cantos y los instrumentos de música son de más noble y eminente condición.

Por encima de la condición de esos demonios se sitúa la de Dios que, por naturaleza, «no tiene ninguna necesidad de nosotros, no es sensible a los favores ni tocado por la ira»[18]: en efecto, ser afectado por nosotros en mal como en bien solo concierne a aquellos que, por un pacto, pueden exigir o recibir de nosotros algo que a sus ojos posea algún interés, algún efecto gratificante; ahora bien, eso parece convenir muy poco a seres establecidos en la felicidad más alta.

En conclusión, es preciso afirmar con seguridad y conservar en el pensamiento que todas las cosas están llenas de espíritu, de alma, de potencia superior, de Dios o de divinidad, y que el intelecto y el alma están en todas partes íntegras aunque no hagan todo en todo lugar. Es a lo que alude el poeta, inspirándose para ello en la doctrina pitagórica:

Principio caelum et terras camposque liquentes
Lucentemque globum Titaniaque astra
Spiritus intus alit, totamque infusa per artus
Mens agitat molem, et totus se corpore miscet.
Hinc hominum pecudumque genus vitaeque volantum
Et quae marmoreo fert monstra sub aequore pontus[19],

Y ante todo, el cielo y las tierras, las planicies líquidas,
el globo brillante de la luna, y el astro titánico,
un soplo interior los nutre; infuso por todos los miembros,
el espíritu mueve toda su masa, y se mezcla al gran cuerpo.
Hombres y animales, pájaros, todos extraen la vida de allí,
Y esos monstruos que las olas llevan bajo su planicie marmórea.

Este es también el sentido que todo el mundo atribuye a los arcanos sagrados, como en el salmo y el Libro de la Sabiduría: «El espíritu del Señor ha llenado el mundo, y lo que contienen todas las cosas», y por otra parre «Yo lleno el cielo y la tierra».

La sustancia corpórea se distingue de una tal sustancia de pensamiento, de alma, de espíritu sublime, en esto: la totalidad corpórea está toda entera en el universo entero, mientras que la otra sustancia está toda entera en cualquier parte, constituyendo una especie de toda y restituyendo la imagen del todo, aquí más vivamente, allí más oscuramente, aquí sobre el modo singular, allí múltiple; y tanto como el aspecto de una misma idea y de una misma luz es restituido por todas las partículas de materia, ella es restituida en su totalidad por toda la materia. Es lo que puede observarse fácilmente en un gran espejo, que restituye una imagen única de una cosa única, y que, aún roto en mil pedazos, continua restituyendo esta misma imagen, indivisa, en cada uno de sus fragmentos. Del mismo modo, las diversas partes e hipóstasis del agua, sustraídas a la totalidad de Anfítrite —es decir del océano universal— reciben diversos nombres y propiedades, pero cuando todas confluyen en un único océano, hallan un único nombre y una única propiedad. Si todos los soplos [*spiritus*] y las partes del aire confluyeran de este modo en un único océano, formarían una única alma, por numerosos o innumerables que fueran. Los filósofos concluyen de esto, concerniendo al principio de la existencia, que hay una única materia, un único espíritu, una única luz, una única alma, un único intelecto.

Retornemos ahora hacia la cuestión del múltiple vínculo de los espíritus, donde estará contenida toda la doctrina de la magia.

El primer vínculo por el cual los espíritus están ligados es un vínculo general en virtud del cual, metafóricamente, el perro tricéfalo de Trivia, Cerbero, portero del infierno, es representado atado. En efecto, una triple facultad es requerida en el brujo vinculador o el mago: física, matemática y metafísica. Sobre la primera descansa la base, sobre la segunda, los escalones, sobre la tercera, la cima de la escalera. La primera comporta la razón de los principios activos y pasivos según el género; la segunda, la razón de los tiempos, de los lugares y de las causas; la tercera, la razón de los principios y de las causas universales. Es una triple cuerda que a uno le costaría mucho romper.

El segundo vínculo es triple, por el hecho de que es requerido en la persona que opera, en eso sobre lo que se opera, y en eso que está junto a lo que se opera; consiste en la fe, o creencia, y en la invocación, el amor y la afección ardiente asociados a la aplicación de los principios activos a los pasivos. Pues es al alma a quien incumbe cambiar efectivamente un cuerpo o un compuesto, pero es al cuerpo al que incumbe cambiar materialmente el alma. Si eso falta, por poco que sea, podrá hacerse mal, moverse y agitarse, no pasará nada: también el mago más coronado en éxitos es aquel al que muchos creen y que está dotado de mucha

persuasión.

El vínculo III tenido por eficaz es el número de los principios, distribuidos en los cuatro puntos cardinales del universo para esas operaciones que se reclaman del cielo y de la naturaleza. Además de esos cuatro, hay principios que no poseen lugar determinado para producir efectos voluntarios y sobrenaturales.

El vínculo IV es el alma del mundo o el espíritu del universo que empareja y junta todas las cosas entre sí; existe por tanto una vía de acceso de todas las cosas hacia todas las cosas, como ha sido dicho más arriba.

El vínculo V son las almas de los astros y los amos de los lugares, de los vientos, de los elementos.

El vínculo VI son las almas o los demonios que presiden las estaciones, los días, los estados del cielo y de los elementos.

El vínculo VII son las almas de los tiranos, de los príncipes y de aquellos que se han distinguido por un renombre que los ha erigido en potencias divinas.

El vínculo VIII son los nombres divinos y los nombres de los órdenes divinos.

El vínculo IX, los caracteres y marcas.

El vínculo X son las invocaciones, las conjuraciones que son hechas por la potencia de las fuerzas superiores sobre las inferiores, cómo algunos desechan los malos demonios por los buenos, y cómo otros desechan los malos demonios inferiores por los malos demonios superiores. Estos están encantados por los sacrificios, los holocaustos, aterrorizados por las amenazas evocadas en virtud de los rayos y los influjos.

El vínculo XI obra por la virtud del mundo tripartito: elemental, celeste e intelectual.

El vínculo XII es la disposición de quien exige el bien a las personas de bien, la castidad, la honestidad, la purificación, la abstinencia.

Se añaden a esto, vínculo XIII, los ritos y los objetos naturales que contienen los espíritus que están en analogía con aquellos cuyas obras son requeridas.

Vínculo XIV las modalidades de los ritos según sus especificidades.

Vínculo XV, la fuerza de las consagraciones, que provienen del oficiante, de la plegaria y del ritual.

Vínculo XVI, el conocimiento de las fiestas, de los días y de las horas afortunadas o nefastas.

Vínculo XVII, el conocimiento de las observancias religiosas que consisten en la pureza de los lugares, las abluciones, las imposiciones de manos, las suspensiones, los hábitos, las fumigaciones, los sacrificios, conforme a las particularidades de los objetos y de los medios.

Vínculo XVIII, la aplicación de los principios activos y pasivos, siguiendo el ejemplo de los elementos primeros o muy próximos, luego de las piedras, de los metales, de las plantas y de los animales, según catorce condiciones.

Vínculo XIX, los anillos.

Vínculo XX, las artes de fascinación.

Además de estos vínculos generales, existen otros que están catalogados en los diecisiete artículos de la doctrina de Alberto el Grande. Algunos ya han sido mencionados, otros lo serán bien pronto.

De los vínculos de los espíritus, comenzando por aquel que revela la triple razón del agente, de la materia y de la aplicación

Para que las cosas sean llevadas a su término se requieren tres factores: la potencia activa en el agente, la potencia pasiva en el sujeto o el paciente (es decir la disposición definida como la aptitud, o la ausencia de repugnancia, o aún la impotencia para resistir: tres términos que se reducen a uno solo, las potencialidades de la materia) y la aplicación apropiada a las circunstancias de tiempo y de lugar, y otros daros concomitantes. Para resumir todos esos factores en una palabra, hablaría del agente, de la materia y de la aplicación; que esos tres factores falten, y cualquier acción es impedida de forma continua. Tomemos no obstante un ejemplo muy simple: un flautista, por perfecto que sea él mismo, está impedido de tocar por la imperfección de su flauta —y la aplicación de uno a la otra es desde entonces vana—. Así pues, la impotencia de la materia afecta de impotencia al efectuante, y de impropiedad a la aplicación. Es lo que generalmente se llama el impedimento continuo de la acción por falta de los tres factores: pero si observa en detalle, la falta puede muy bien provenir solamente de dos de ellos, incluso de uno solo —no desde luego de un único factor circunscrito, sino de un factor que, rompiendo un sello tras otro, penetra el conjunto—. Es el caso si nuestro flautista y la aplicación son perfectos, pero la flauta defectuosa, o bien si el flautista y la flauta son perfectas, pero la aplicación impedida. Sin embargo,

cuando la razón Íntegra de la efectuación reside en la aplicación, la primera causa coexiste con la tercera; lo efectuante no es entonces otra cosa que un aplicador, y efectuar equivale a aplicar.

No hay nada que sea, por naturaleza, pasivo o activo en relación a cualquier otra cosa: como dice Aristóteles en la *Física*, toda pasión es provocada por un contrario y toda acción se ejerce sobre un contrario —con la única condición de que ese contrario esté dispuesto, de donde la muy conocida expresión: «las acciones de los activos sobre un pasivo bien dispuesto»—. Desde entonces, se comprende mejor que el agua se mezcle con el agua y se difunda en el agua. Eso puede ser obra de la similitud, del reconocimiento o de la complementariedad: a su vez luego de que la unión se ha hecho, lo uno ya no puede ser separado de lo otro. En cuanto al vino puro, es aceptado por el agua tan fácilmente como él acepta, de modo que la mezcla se efectúa; sin embargo las partículas del vino, conteniendo elementos de calor, de aire y de espíritu, no presentan una compatibilidad total, y no se mezclan por tanto a nivel de los átomos: ellas se conservan distintamente en el seno de un compuesto heterogéneo, según una masa reconocible, de modo que hay manera de disociados nuevamente, como ocurre para el agua de mar al destilarla para exprimirle el agua dulce (también se la puede hacer pasar a través de vasos de cera). Si la mezcla fuera perfecta, eso sería imposible de realizar. El aceite, por su parte, no se mezcla jamás con el agua, porque las partículas del aceite se mantienen unidas y juntas como enamoradas entre sí: no penetran por tanto las partículas del agua y a cambio no son penetradas. En consecuencia, es preciso prestar gran atención a la aptitud de los diferentes componentes cuando nos proponemos mezclar cuerpos entre sí: todo no es mezclable con todo.

Es preciso pues tomar en cuenta la situación de las partículas, su composición, su especificidad, puesto que por un lado todo es penetrable por todo, y por otro no; y es así para todas las cosas, como Jo vemos claramente en el caso de las piedras, de la madera e incluso de la carne, que son penetrables, o más penetrables por una parce o por un lado que por otro: esto es manifiesto en la afluencia de los humores a lo largo de las fibras, porque es más fácil surcar los tejidos leñosos en su longitud; en cuanto a la penetración de los humores, se hace más fácilmente en el sentido de la anchura que en el de la longitud, puesto que según esta disposición los poros insertos entre las fibras presentan sus conductos u orificios.

No hay que examinar solamente la cualidad de las partículas y su situación, sino también la aptitud definida por su forma completa; hay en efecto pasiones aptas por naturaleza para ser asumidas por un sujeto y que no son asumidas por otro: así el estupor de un pez es causado por un estado de aturdimiento en la mano del pescador, pero no en la red; y para retomar la broma de cierto autor de comedia, si los fuegos del amor abrazan las entrañas e inflaman el corazón, el pecho, por su parte, permanece perfectamente crudo y frío…

Del mismo modo, sucede a veces que la tormenta haga fundir la espada y el acero, sin que la vaina se haya estropeado nada. En la ciudad de Nápoles ha acontecido una historia extraordinaria a una noble joven de una gran belleza, a la que un rayo ha quemado solamente los pelos alrededor de la vulva, se cuenta también que habiendo quemado la madera de un tonel, el rayo puso al descubierto el vino en estado sólido, congelado. La mayor parre de los acontecimientos de este tipo se producen por la razón última y oculta que reside en los átomos de tal fuego, activo sobre un objeto sin serlo sobre otro. Se cuenta igualmente que si el laurel y el águila son las insignias de los generales y de los poetas, es porque ellos jamás son sorprendidos por el rayo: gozan en efecto de la amistad de Apolo y de Júpiter, como príncipes y poetas.

Si no ha sido dado a muchos hombres conocer la misma suerte que esta joven muchacha, es en razón de que no todos tienen la misma composición y temperamento, y no son receptivos a la misma cualidad de espíritu. Parejamente existe en algunos una disposición de espíritu apropiada para impedir llover, para dirigir los vientos, u otros los meteoritos. Aún hace falta relacionar con una cierta composición los fenómenos impresionantes que tienen lugar en los cuerpos: ellos aparecen allí por privilegio de la especie entera o por prerrogativa particular, según las innumerables especificidades de dichos cuerpos.

Es pues sobre tales especies o individuos que los magos realizan observaciones, a fin de apoderarse de los efectos de sus poderes. Los generales previsores ponen a la cabeza de sus ejércitos y se adjuntan como grandes servidores en la guerra no a los nobles, amigos o personas que les son recomendadas, sino más bien a niños queridos por la fortuna, y que se han acostumbrado a escapar a semejantes peligros con una suerte más segura. De modo semejante, los magos estiman poder apropiarse de las prerrogativas de las virtudes extraídas de tales plantas y tales minerales por una sume de contaminación, colgándolos de su cuello, llevándolos sobre sí o aplicándolos de alguna otra manera: del mismo modo en que los generales victoriosos, protegidos por la corona de laurel, no temen el rayo.

A todo esto relacionaremos el hecho de que algunas sustancias constituyen venenos para ciertos seres vivientes (así la cicuta es casi siempre venenosa para el hombre), mientras que en general se las considera como alimentos muy agradables y propicios al crecimiento. Así, es necesario analizar según las diversas especies las diferencias entre sustancias nutritivas, sustancias venenosas y antídotos. No es en consecuencia uno de los menores principios útiles a la magia y a la medicina el de distinguir las diferencias en las complexiones, las razones de las enfermedades y de la buena salud, los principios de cambio en los hábitos o en las disposiciones, o los de su conservación por la aplicación de agentes extrínsecos. Bien sabe el químico cómo el aguafuerte actúa sobre las sustancias duras —el hierro, la plata, el bronce… —, mientras que ella actúa muy poco sobre el oro y el plomo; sabe también cómo el mercurio absorbe muy rápidamente el aceite, al contrario

rechazado y repelido por el oro. Parejamente, hay en el grano o en el jugo de verbena un poder capaz de quebrar la piedra de la vejiga, mientras que no parece muy nociva en la carne, el hueso, la membrana y los otros componentes del cuerpo.

Algunos relacionan la explicación de tales efectos a la apertura o al cierre de los poros. Lo aceptaría de buen grado en algunos casos, pero me parece poco plausible en los casos principales y más numerosos —como los que he enumerado —. En efecto, no vemos apenas razón para que el aguafuerte penetre una sustancia en lugar de otra por la apertura más amplia de cualquiera de los orificios; igual para el espíritu de la verbena que ataca los cálculos, pero no a los huesos y la carne aunque estén dotados de orificios más dilatados. Y qué decir del diamante que no es cortado por el espíritu de fuego, el más sutil y penetrante de los cuerpos, mientras que se deja penetrar por la sangre del chivo.

Es preciso por tanto atenerse a una razón general: todas las cosas no son pasivas frente a todas, y todos los afectos no interesan a todos los seres, a causa de estas diferencias. Si se quiere una explicación satisfactoria de ellas, es necesario buscar su razón en los efectos y los casos particulares. Sin embargo, estas diferencias y estas formas ocultas no han recibido nombre jamás: no son perceptibles al punto de afectar el ojo o el tacto, en consecuencia están fuera de alcance para la razón que quisiera definidas a partir de las diferencias localizadas por la vista y el tacto. De suerte que solo podemos afirmar de ellas una sola cosa: existen realmente. ¡Y no vamos a creer que sería más fácil para los demonios argumentar sobre la cuestión, si quisieran elucidada con nosotros sirviéndose de nuestras palabras y del sentido que nosotros les damos!

Segundo vínculo, que procede de la voz y del canto

Un segundo modo de vínculo procede de la conformidad de números a números, de medida a medida, de instante a instante; y es por eso, decimos, que los ritmos y los cantos poseen una eficacia muy grande. Algunos individuos son más afectados por la armonía propia de la tragedia, otros por la de la comedia, otros aún son afectados indistintamente por todas; y algunos por ninguna, si creemos lo que se cuenca de un emperador bárbaro que declara, luego de haber escuchado ciertas arias de una música muy sabia interpretadas con instrumentos, que él prefería el relincho de su caballo —mostrándose con esto completamente indigno de poseer figura humana—: no hay razón para que él haya sido gratificado con esto.

Nosotros entendemos *canto* en su acepción más general, sin restringirla al canto armonioso, en la medida en que los encantamientos y las fórmulas mágicas más potentes parecen presentar más disonancia que consonancia (algunos han tenido experiencia de ello); y el alma de ese hombre semi-bestial era tal que las notas[20] del relincho de su caballo lo podían conmover más fácilmente. Al respecto, sucede lo mismo con la armonía sensible: el alma de un caballo es vencida por el amor según un número dado, la de un hombre según otro, la del perro todavía según otro, en función de criterios de belleza diferentes dentro de la condición respectiva de las especies singulares. Así pues, como lo expresa el adagio *Asinus ad lyram*[21], «un asno que dirige su oreja al sonido de la lira», todos los encantamientos no convienen a todos, y del mismo modo que diversos cantos armoniosos vinculan a almas diversas, diversos encantamientos mágicos vinculan espíritus diversos.

Si estos vínculos son tenaces, no es solo porque son percibidos por el oído, o encuentran alguna escucha en el alma (como la voz de Marsus o de Psyllos[22], muy potente sobre las serpientes); aún un murmullo secreto, que no llega hasta el objeto a ligar, puede hacer efecto por analogía de espíritu a espíritu (del espíritu que liga con el espíritu que se liga): y de hecho aquellos que se encantan no perciben siempre las palabras de los encantadores, o bien no experimentan su efecto perceptible tan pronto como escuchan.

A todo esto se relacionará el hecho de que los números o los aspectos de una voz siembran la confusión entre los números de otra, e incluso embotan su fuerza: así, si se ve uno de esos lobos llamados comúnmente lobos cervarios, uno pierde la voz, y ligado por ese espíritu, no puede articular una sola palabra. Se cuenta que un instrumento en piel de cordero, puesto en presencia de un tambor en piel de lobo, pierde su sonoridad —aún si se lo toca más fuerce, y por más sonoro que sea en otras ocasiones—: es que el espíritu que está en la piel del animal muerto es capaz de vencer y de someter al otro, en tanto que participa de la antipatía y del deseo de dominación que habitaban en los animales vivos. No he verificado yo mismo si lo que se dice es exacto: pero esto no deja de aparecer verosímil, y razonable; aunque la cosa no esté fundada sobre una relación de vida a vida, ni de especie a especie, puesto que el asno no teme menos al lobo de lo que lo hace el cordero, y se encuentra expuesto otro tanto a sus ataques y sin embargo un tambor tapizado en piel de asno, si bien no hace callar desde luego al tambor de lobo cuando se lo golpea con igual fuerza, al menos prevalecerá sobre él por su espesor.

Y aún esto: jamás un laúd encordado en tripa de cordero y otro en tripa de lobo producen feliz armonía. Muchos saben bien que si dos cítaras o dos liras han sido afinadas del mismo modo, y una resuena muy cerca de la otra, no solamente la armonía de una ganará las cuerdas consonantes de la otra, sino que estas se pondrán a vibrar al unísono; lo que es del todo conforme a la razón. Sucede también que, a través de una palabra, un gesto o alguna apariencia semejante, el corazón [*animus*] de alguien sea afectado por la presencia de algún otro al punto de

que nacen amistades indisolubles. Hay personas que odiarnos solamente con haberlas percibido, como también caemos enamorados sin motivo. A veces este odio y este amor son mutuos, otra veces no: es el efecto de una dominación de uno sobre el otro, una cierra especie de afecto chocándose en el otro a otra especie de afecto —del mismo modo que, cuando vemos un perrito o cuando sentimos afección por un pájaro, y vamos a su encuentro, ellos son al contrario afectados de temor, huyen de nosotros, y solo expresan hacia nosotros su hostilidad—.

Esta categoría de vínculos arañen a las plegarias y las oraciones a través de las cuales se reclama a los nobles y a los príncipes, mientras que las razones de honor y los pretextos de justicia alegados permanecen sin efecto alguno. A veces, las gracias de un bufón o de un loco tienen tal poder que personas prudentes adoptan, para abusar del espíritu de los príncipes, el hábito de este tipo de discurso, cuyos lazos son mucho más adecuados. Hemos sabido por ejemplo que el Papa Julio III demandaba y recusaba a las personas que le venían a rogar y suplicar con lágrimas; pero si alguien, luego de haberle besado los pies, se aproximaba graciosamente con un chiste, podía obtener de él todo lo que deseara.

Concierne pues al arte del encantamiento, tanto esta especie de lazo del espíritu que se hace a través de los cantos como las fórmulas mágicas, todo eso de lo que hablan los oradores a los fines de persuadir, de disuadir o bien de sugerir emociones: pero ellos han olvidado toda otra parte de este arre y lo han entregado al cuidado de los magos, de los filósofos o de los políticos retóricos. Sin embargo, Aristóteles lo ha abarcado en gran parte en la *Retórica de Alejandro*[23], que se resume en dos puntos esenciales a considerar: que el encantador se ata en primer lugar a lo que le conviene y agrada, y en segundo lugar a lo que gusta e ilusiona a la víctima del encantamiento y del vínculo, en relación a sus costumbres, a su estado, a su composición, a sus usos —todas cosas que no es lugar aquí para exponer ni recordar—.

Tercera categoría de vínculos, que proceden de la vista

El espíritu puede ser ligado también por medio de la vista (hemos hablado de esto algunas palabra más arriba), cuando se presentan formas de tal o cual clase frente a los ojos. Las fascinaciones activas y pasivas parten de los ojos, y se insinúan por los ojos, de donde el verso muy conocido: *necio quis oculis teneros mihi fascinat agnos*, «no se qué de sus ojos fascina a mis corderitos»[24].

Luego, la vista de lo bello despierta el sentimiento del amor; la vista de su contrario, el aborrecimiento y el odio. Y por el rodeo de las emociones que turban el alma y el espíritu, algo se infunde además en el cuerpo, el cual está sometido a la

dirección del alma y a la ponderación del espíritu. Existen otros tipos de emociones que son igualmente recibidas a través de los ojos, y que afectan de inmediato el cuerpo de alguna manera: rostros llenos de tristeza nos incitan a la tristeza, a la compasión y a la aflicción, como si nosotros tuviéramos buenas razones para apenarnos.

Hay quienes hacen pasar malas influencias a través de nuestros ojos hasta nuestro espíritu y nuestro cuerpo, pero secretamente, por medios que no podemos estimar —y no obstante con una eficacia extrema—; ellos saben afectarnos a través de ciertas huellas que están en nosotros, por el rodeo, sin duda, del espíritu y del alma múltiples. Ciertamente, una única alma se activa en la totalidad del cuerpo, y todos los miembros obedecen a esta alma única; y sin embargo, debido a que una suerte de espíritu total vivifica el todo —tanto el alma total, como las panes del universo—, la razón de muchas emociones espirituales debe ser relacionada a algo distinto, susceptible de conocer y de vivir, que en nosotros es afectado y turbado por aquello que menos nos afecta y nos turba en el mundo. Así a veces somos alcanzados y heridos más cruelmente por las cosas cuyos golpes no sentimos que por aquellas que nos los hacen sentir: muchas cosas vistas, muchas apariencias inoculadas en nosotros a través de la mirada, no comunican una sensación de turbación a las potencias sensitivas abiertas y externas, mientras que, penetrando más profundo, pueden herir mortalmente, afectando tal sensación el espíritu interior directamente como si se tratara de otro sentido, de otra criatura viviente. Desde entonces, no tendremos la ligereza de discutir las tesis de ciertos platónicos y de todos los pitagóricos, que conciben el individuo como una colección de seres vivientes de una vida propia: si uno llegara a morir, aunque fuera el principal de entre ellos, los otros lo sobreviven largo tiempo.

En consecuencia, estimar que somos solamente heridos y afectados por las meras apariencias visibles que inducen una alteración manifiesta de la sensación y del alma, es una evidente estupidez —un poco como si se creyera ser herido únicamente (o más) por golpes percibidos con nitidez o intensidad, cuando hemos experimentado de seguro que la pinchadura de una aguja o de una espina que se instala bajo la piel lleva más al dolor y al suplicio que una espada que les atraviesa el cuerpo, y cuyo efecto más grave, finalmente, se hace sentir sin que hayamos sentido la herida en el momento en que penetraba las carnes—. No hay nada sorprendente en el hecho de que muchas cosas se insinúen vivamente por el ojo para seducir clandestinamente los espíritus, hasta causar la destrucción del alma, sin provocar no obstante la turbación que producen objetos menos nocivos. Del mismo modo, al ver ciertos gestos, ciertas emociones, ciertos movimientos, nos conmovemos hasta las lágrimas, con algunos llegando incluso hasta a caer desmayados a la vista de la sangre derramada, o si asisten a la disección de cadáveres: no hace falta buscar en esto otra razón que un afecto que liga por la vista.

Cuarto vínculo, que procede de la imaginación

La función de la imaginación es la de recibir imágenes aportadas por los sentidos, retenerlas, combinarlas y divididas, lo que se hace de manera doble: ante todo por selección y elección de aquel que imagina —tal es la tarea de los poetas, de los pintores, de los escritores, de los apólogos y en general de todo individuo que compone figuras según un principio establecido—; luego fuera de toda selección y de toda elección. Así el proceso es doble: sea por causa electiva y voluntaria, sea por causa obrante desde el exterior. Esta última causa es ella misma doble: sea indirecta como en el caso de un hombre que, por medio de la voz o de apariciones que pasan por la vista o el oído, provoca cierras alteraciones; sea directa, en el caso de un ser espiritual o racional, o aún de un demonio, que actúa sobre la imaginación a través de los sueños —e incluso en estado de vigilia—, suscitando imágenes interiores tales que uno cree aprehenderlas por el sencido externo. Es así como algunos poseídos creen ver ciertos espectáculos, oír palabras y frases que ellos sinceramente piensan emanadas de sujetos exteriores; y por eso afirman con una muy fastidiosa insistencia que *realmente* han visto algo, que realmente han escuchado algo, allí donde no son tanto sus sentidos los que se equivocan como su razón. Si escuchan lo que efectivamente escuchan, y ven lo que ven, lo que se presenta a ellos por su sentido interior bajo las especies de un fantasma también están persuadidos de escucharlo como un sonido exterior que se insinúa por el oído, o una forma exterior por la vista; y pretenden que esas elaboraciones de los sentidos interiores son la realidad objetiva. También sucede que se nieguen a ser llevados a una estimación más juiciosa de las cosas a través de las pruebas: preferirían arrastrarlas en sus propias ficciones, y juzgarlas, de verdad, sordas y mudas. Los médicos atribuyen este tipo de alteraciones a la manía y a la melancolía; las califican de sueños despiertos.

Semejante vínculo no es el efecto de una pura causalidad material (tesis que se sostiene en la obstinación muy burda y fastidiosa de algunos médicos de baja estofa), tampoco de una pura potencia demoníaca o diabólica (lo que sugieren, por su parre, algunos teólogos). En realidad, lo uno y lo otro concurren: como causa material, el humor melancólico, que nosotros llamamos la guarida o el baño turco de los demonios saturninos, y como causa moviente o eficiente, el espíritu demoníaco mismo, que no es sustancia completamente incorpórea; en efecto los demonios parecen sensibles a numerosas afecciones animales de las más penosas, a pesar de su sustancia espiritual que la naturaleza ha provisto de un cuerpo más sutil y menos accesible a las sensaciones. La categoría de esos seres no comprende menos especies que la de las criaturas vivientes, complejas y sensibles. Y del mismo modo que un alma definida, por así decido, se precipita hacia una semilla definida ubicada de manera congruente en un lugar bien definido; del mismo modo que también ella produce, emergiendo de su seno, una cierta forma de ser o de criatura viviente que hace emerger —de modo que de tal semilla nace un olivo,

de tal otra un perro, de otra aún un hombre—; así también en un cuerpo dotado de tal o cual composición, nace más fácilmente tal o cual criatura, pues como dice el poeta: *Hic segetes, illic veniunt felicius uvae*, «Aquí brota felizmente el trigo, en otra parte, la vid»[25]. Desde entonces, de la buena armonía y composición del corazón, del cerebro y del espíritu de cierto ser, como al contrario de su desequilibrio y desarreglo, nacen, como en su propio campo y de su propia semilla, el espíritu del bien o el espíritu del mal, y el principio de las intenciones buenas o malas. Así pues, por una causalidad recíproca, tal cuerpo lleva a tal alma a la existencia y tal alma lleva a tal cuerpo a la existencia en virtud de lo que llamamos la diferencia y la subsistencia sustanciales y específicas; un espíritu se acerca a raí otro, y del encuentro, causado por composiciones accidentales o elementos fortuitos, resulta entonces esta influencia de un espíritu furioso[26]. Este puede perfectamente ser expulsado sea por un encantamiento, es decir por la retórica, por una persuasión afectuosa y saludable que apunte a volver a dar hienas al espíritu obseso; sea por la evacuación y la expulsión de la materia nociva mediante drogas purgatorias; sea por alguna poción solar o jovial —jupiteriana—, y otros alimentos apropiados a la vida humana, para suministrar al espíritu un mejor soporte material o para suavizar y atemperar la mala materia que progresa a veces en la complexión. Así pues, el espíritu no ejecuta solo estas operaciones vitales y animales, del mismo modo que el cuerpo no las asegura sin el espíritu. Para llevarlas a término, bien o mal, en el respeto o el desprecio de la regla de la especie, se requieren un principio material y un principio formal o eficiente, según el género. Es sin embargo bastante razonable que, para la curación de los trastornos de la imaginación, y para liberar el sentido interior ligado por ese pacto, basten simplemente la purgación de los humores y la regulación del régimen alimentario. Sin embargo, no extraeremos de ello las mismas conclusiones que un cierto médico de cerebro muy abrumado, quien, bajo el título de *Milagros ocultos de la naturaleza*[27], ha dado a luz más necedades que las letras y sílabas que ha trazado. Del hecho de que, a través de la secesión y la evacuación de los humores, estos espíritus son despedidos y expulsados con todos sus efectos (efectos imprevisibles, y no obstante sometidos a algún orden secreto), él deduce que esos espíritus no son nada distinto que dichos humores. En ese caso, también podríamos decir que Su Excelencia, que sin duda ha forzado las almas de muchos pacientes a salir de su cuerpo «por secesión», tiene la propia alma por un humor o un excremento… Y si se hallara forzado a abandonar casa y paula, a falca de poder ganar su subsistencia, echado por su ignorancia de la medicina y su desconocimiento de las apariencias y del lenguaje de la naturaleza, ¡entonces habría que creer que él mismo pertenece al género de esas materias de las uno se libera!

Como suceda que los sentidos estén ligados y sometidos de todas esas formas, la medicina o el mago deben conceder una viva atención al trabajo de la imaginación: ella es la puerta principal y el acceso principal de las acciones, de las pasiones y de todos los afectos que pueden conmover a un ser viviente. De este tipo de ligazón procede otra, más profundamente potente, que es de naturaleza intelectiva.

Quinto vínculo, que procede de la facultad intelectiva

El vínculo de la imaginación es en sí leve si las fuerzas intelectivas no lo redoblan. En efecto los espectros que ligan y encadenan el espíritu del idiota, del sonso, del crédulo y del pobre supersticioso son objeto de burla, despreciados y considerados sombras vanas por una inteligencia sensata, bien nacida y rigurosa. A su vez todos los operadores, magos, médicos o profetas, no llegan a nada si falca cierta fe previa: en efecto ellos operan según los números de esta fe. (Aquí, entendemos «fe» en un sentido más universal que aquel que es adoptado por otros, individual o colectivamente.)

Esta fe es obtenida por el efecto de disposiciones previas, que están bien ordenadas en algunos, pero como perturbadas en otros. Las ligaduras son potentes, emanan de las palabras de hombres elocuentes de esta especie que hace nacer y favorece cierta disposición en la imaginación, única puerta de todos los afectos internos y, de hecho, vincule de los vínculos. De allí la sentencia bien conocida de Hipócrares: «El más eficaz de los médicos es aquel en quien confía el mayor número» porque liga a la mayoría de las personas por su elocuencia, su presencia, su renombre. Y esto no vale solamente para el médico, sino también para cualquiera que practique cualquier otro tipo de magia, o detente cualquier otro título de potencia —siempre y cuando el operador del vínculo disponga de otros medios de despertar la imaginación—.

Los teólogos creen, aceptan y profesan en sus discursos sobre un fulano que podría realizar todo por sí solo[28], el que no obstante no podía curar a aquellos que no creyeran en él: esta impotencia se explica por el fracaso del vínculo de la imaginación; sus cercanos en efecto, que lo sabían de extracción humilde y de mediocre instrucción, lo despreciaban y tomaban en burla como médico y como adivino (de allí el proverbio «Nadie es profeta en su tierra»). Así pues, puede ser más fácil ligar a aquellos de los que uno es poco conocido, al contar con su expectativa y su disposición a sumar fe: cuando la potencia de su alma se dispone de cierta forma, se abre y se despliega (como si, en cierto modo, se abrieran ventanas antes cerradas para dejar entrar el sol), entonces queda libre el camino para las impresiones requeridas por el arte del mago-vinculador, las que impondrán luego los lazos correspondientes: la esperanza, la compasión, el temor, el amor, el odio, la indignación, la ira, la alegría, la resistencia, el desprecio de la vida, de la muerte, de la fortuna, y todos aquellos cuya energía se transporta del alma hacia el cuerpo para transformarlo.

Determinar cómo actúan los otros tipos de vínculos ya enumerados que derivan de la fe y de la esperanza, no requiere de especulación profunda. En

cuanto a las potencias más espirituales del alma —la memoria, la razón, la experiencia, el entendimiento y el pensamiento—, ellas no competen a la presente reflexión, si es verdad que su actividad no tiene influencia sobre el cuerpo y no lo transforma: si existe en el origen cualquier modificación en esas potencias, antes de la intervención de la facultad intelectiva, esta se manifiesta principalmente en sus efectos, a partir de esta facultad intelectiva. De allí proviene toda fuerza mágica activa y pasiva, que se ejerce hasta tanto las especies estén sometidas a los lazos mágicos. Y como afirma Plotino, tanto los sabios como los locos pueden estar ligados a través de los principios naturales que encierra esta fuerza —a menos que surja del sujeto un principio capaz de rechazar, o de contener, las ondas mágicas, puesto que como se lo ha dicho más arriba, no todo penetra todo y no todo se le mezcla, del mismo modo que el agua no se mezcla con el aceite—. El propio Plotino testimonia —y Porfirio lo confirma en su Vida de Plotino—, que los maleficios a través de los cuales un egipcio se esforzaba en vincularlo y encantarlo se han vuelto contra su propio autor[29]. Se tratará de ello a propósito de los vínculos según su género.

Notas

[1] Bruno utiliza generalmente este término para designar a los filósofos peripatéticos (discípulos de Aristóteles). Aquí parece darle una acepción más amplia, y designar de este modo a los Sabios de Grecia, sin distinción de escuda filosófica. <<

[2] El jesuita Martín del Río, en sus célebres *Disquisiciones mágicas*, define así este arte notorio: «En cuanto a la adquisición de las ciencias por infusión, mediante ciertos ayunos y plegarias, sin que haya allí trabajo humano, así según los preceptos de cierto arte… lo hace por pacto expreso con el demonio, y es pecado mortal. Ellos llaman comúnmente a este arte, el Arte Notorio o de Conocimiento, el cual fue condenado en París en el año 1320». <<

[3] En Bruno, este término peyorativo designa siempre a los monjes. <<

[4] *El Martillo de las hechiceras* (*Malleus Maleficarum*), publicado por primera vez en 1846-1847, era un célebre manual demonológico compuesto por dos domínicos cazadores de brujas, Jacobo Sprenger y Enrique Institor. <<

[5] Bruno resume la fascinación de esta manera por boca de un personaje —el mago de su pieza *Candelabro*: «La fascinación obra en virtud de un espíritu luminoso y sutil, emitido un poco como una irradiación, por los ojos abiertos: en el esfuerzo que hacemos para fijar la imagen del otro al mirarlo, esos rayos van a herirlo, van a alcanzar su corazón, van a afectar su cuerpo y su espíritu, y a hacerle experimentar amor, odio, deseo, melancolía, o cualquier otro tipo de cualidad pasible». <<

[6] Aquí el término sujeto (*subjectus*) debe ser entendido como lo que está sometido o subordinado a algo (estar sujeto a), particularmente a los principios activos y pasivos. Y no en el sentido filosófico tradicional de ser individual y autónomo, dotado de pensamiento y responsable de sus actos. <<

[7] Esta frase subtiende la representación copernicana del sistema solar de la que Bruno fue defensor apasionado contra la vieja cosmología geocéntrica defendida por la Iglesia. <<

[8] *Idea* recibe aquel sentido platónico que hace de ella un equivalente de *forma*. <<

[9] *Imágenes* designa aquí las figuras o efigies empleadas por los lanzadores de maleficios. <<

[10] Aquí Bruno alude al famoso mito referido por Platón al final de *Fedro*, en el que Sócrates relata la entrevista del rey egipcio Thamous y Theut, inventor de los caracteres de escritura, «remedio para la memoria como para el saber». <<

[11] Virgilio, Enéada, VIII, v. 403. En Virgilio, la fórmula remite de hecho a las forjas de Vulcano, y a sus fuelles. <<

[12] *Marcos*, 16, 25. <<

[13] Cita de Ennio (fragmentos trágicos), que Bruno ha encontrado sin duda en Cicerón, *De officis*, II, VII, 23. <<

[14] *Salmos*, 103, 4. El profeta-salmista es David. <<

[15] Alusión al canto VI de la *Enéada*, V, 290-294. <<

[16] *Job*, 3, 1-20. Bruno propone una lectura muy libre de ese pasaje, interpretando «los reyes y los príncipes de la tierra» como los demonios subterráneos que frecuentan los yacimientos de metales preciosos. <<

[17] Más comúnmente llamados *dioses lares*, protectores del hogar. <<

[18] Lucrecio, *De rerum natura*, II, V. 6SO-651. <<

[19] Virgilio, *Enéada*, VI, V. 724-729. <<

[20] Como aquí, Bruno habla a menudo literalmente de los *números* de la música, sin que se sepa nunca si designa por eso precisamente los intervalos, las relaciones armónicas o las cadencias. La serie muestra sin embargo que este número musical debe ser puesto en relación con ciertas proporciones perceptibles por el plano visual (ej.: el número de oro). <<

[21] Erasmo, *Adages*, I, IV, 35. Esta fórmula estigmatiza el ridículo de un asno que, por el efecto de un juicio deficiente, se aplica a escuchar una música humana (en otra versión, incluso el asno intenta tocar la lira). Bruno ya hacía alusión a esto en su comedia *Candelabro*. <<

[22] Marsus, hijo de Circe, era rey de un pueblo de Italia, los marses. Psyllos era rey de los psylles, en Libia. Se decía que tenían el poder de encantar a las serpientes, curar de sus mordeduras y destruirlas. <<

[23] Esta *Retórica de Alejandro* no es la *Retórica* que se pone hoy bajo el nombre

de Aristóteles; ella es atribuida en el futuro a Anaxímenes de Lampsaco. **<<**

[24] Virgilio, *Bucólicos*, III, V. 108. **<<**

[25] Virgilio, *Géorgiques*, I, V. 54. **<<**

[26] Es preciso entender este adjetivo en su sentido etimológico: un espíritu *furioso* es un espíritu animado por el furor, es decir poseído por un entusiasmo, una inspiración o un delirio de origen sobrenatural, según la teoría platónica difundida por Marsilio Ficino. Cf. una de las grandes obras de Bruno, *Furores heroicos*. **<<**

[27] *De occultis naturae miraculis*, de Levinus Lemnius. **<<**

[28] Se trata de Cristo; este desarrollo breve y desenvuelto, rozando incluso la burla, parafrasea el evangelio según Mateo, 13, 54-58, y según Marcos, 6, 2-5. **<<**

[29] Se leerá esta anécdota en Porfirio, *Vida de Plotino*, 10, y en Plotino mismo, *Enéadas*, IV, 4, 44. **<<**